UNIDAD DIDÁCTICA 1

CUESTIONES TEOLÓGICAS, HISTÓRICAS Y LITERARIAS

Contenido

Tema 1: La Sagrada Escritura, la Revelación, la Iglesia y la Palabra de Dios.

1. ¿Qué puesto da la Iglesia a la Biblia?
2. Función de la Sagrada Escritura.
3. Sagrada Tradición y Sagrada Escritura, transmisores de la revelación.

   3.1. La tradición en el judaísmo. 3.2. La tradición en el cristianismo. 3.3. La tradición en la reforma protestante.
4. Sagrada Escritura, alma de la teología.
5. La Biblia comparada con otros libros sagrados.

   5.1. Comparación de la Biblia con los textos sagrados de las religiones politeístas. 5.2. Comparación de la Biblia con el Corán. 5.3. Comparación de la Biblia con los textos sagrados del Judaísmo.
6. Clasificación de los libros.

Tema 2: El texto de la Sagrada Escritura.

1. Textos y Versiones de la SE.

   1.1. Los textos originales de la Biblia. 1.2. Los idiomas originales de la Biblia. 1.3. Historia del texto hebreo. 1.4. El descubrimiento de Qumrán. 1.5. Las primeras versiones y traducciones del Antiguo Testamento. 1.6. El texto del Nuevo Testamento.
2. Literatura intertestamentaria.
3. Literatura judía y rabínica.

Tema 3: La Biblia, la historia y la geografía.

1. Geografía del mundo bíblico.

   1.1. La cuenca del Jordán. 1.2. La región cisjordana. 1.3. La región transjordana. 1.4. Clima y vegetación. 1.5. Principales ciudades.

2. Biblia y arqueología.

3. Historia marco de los relatos bíblicos.

   3.1. Los Patriarcas. 3.2. Egipto y el desierto. 3.3. Los Jueces y la Monarquía. 3.4. Bajo dominación asiria. 3.5. Babilonia y el destierro. 3.6. La benevolencia persa. 3.7. El dominio griego. 3.8. Revuelta macabea y dinastía asmonea (164-63 a.C.). 3.9. El Imperio romano y los judíos.

INTRODUCCIÓN

En esta Unidad Didáctica estudiaremos cuestiones más generales de la Sagrada Escritura, reservando para los capítulos siguientes los aspectos más centrales de la Biblia. Hemos agrupado aquí toda una serie de informaciones un tanto dispares entre sí, pero que ayudan a conocer mejor la realidad de la Sagrada Escritura, de su teología, de su texto, sus versiones, su historia, o el contexto geográfico en el que nace, etc.

El objetivo es que el alumno conozca en primer lugar la relación entre la Biblia y la revelación de Dios, pues ambos conceptos no se identifican. Esta comprensión es fundamental para la correcta asimilación de todo lo demás. Tanto los cristianos como los no cristianos, cuando hablan sobre la Biblia, suelen equipararla a la revelación; su punto de partida es, por tanto, equivocado, por lo que cualquier reflexión posterior estará viciada de raíz. Así pues, esta cuestión abordada en el tema 1 es fundamental. Los temas 2 y 3 ofrecerán una serie de datos históricos y textuales que ayudarán a situar qué es la Biblia en su realidad formal e histórica.

Al terminar el estudio de la U.D. 1 el alumno deberá comprender qué es la Biblia y qué es la revelación, saber distinguirlas y definirlas correctamente; entender su relación con la Iglesia, y su división en dos partes: el AT y el NT. Además, deberá conocer la historia básica que subyace a los libros bíblicos y la geografía donde tienen lugar los hechos bíblicos. Por último, el alumno deberá conocer cómo ha llegado hasta nosotros el texto bíblico, en qué lenguas y soportes físicos, y las consecuencias que de ello se derivan.

TEMA 1

LA SAGRADA ESCRITURA, LA REVELACIÓN, LA IGLESIA Y LA PALABRA DE DIOS

A la hora de reflexionar sobra la "Palabra de Dios", es importante caer en la cuenta de que precisamente por ser "de Dios", hablaremos de ella de modo analógico. Notemos lo que dice Benedicto XVI en VD 7 al respecto:

"Se ha hablado justamente de una sinfonía de la Palabra, de una única Palabra que se expresa de diversos modos: «un canto a varias voces». A este propósito, los Padres sinodales han hablado de un uso analógico del lenguaje humano en relación a la Palabra de Dios. En efecto, *esta expresión, aunque por una parte se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo, por otra asume significados diferentes que han de ser tratados con atención y puestos en relación entre ellos, ya sea desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral.* Como muestra de modo claro el Prólogo de Juan, *el Logos indica originariamente el Verbo eterno, es decir, el Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial a él: la Palabra estaba junto a Dios, la Palabra era Dios. Pero esta misma Palabra, afirma san Juan, se «hizo carne» (Jn1,14); por tanto, Jesucristo, nacido de María Virgen, es realmente el Verbo de Dios que se hizo consustancial a nosotros. Así pues, la expresión «Palabra de Dios» se refiere aquí a la persona de Jesucristo, Hijo eterno del Padre, hecho hombre.*

Por otra parte, si bien es cierto que en el centro de la revelación divina está el evento de Cristo, hay que reconocer también que *la misma creación, el liber naturae [= libro de la naturaleza], forma parte esencialmente de esta sinfonía a varias voces en que se expresa el*

único Verbo. De modo semejante, confesamos que Dios ha comunicado su Palabra en la historia de la salvación, ha dejado oír su voz; con la potencia de su Espíritu, «habló por los profetas». La Palabra divina, por tanto, se expresa a lo largo de toda la historia de la salvación, y llega a su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. *Además, la palabra predicada por los apóstoles, obedeciendo al mandato de Jesús resucitado: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15), es Palabra de Dios.* Por tanto, la Palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia. *La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la Palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada (...)*

Como afirmaron los Padres sinodales, debemos ser conscientes de que *nos encontramos realmente ante un uso analógico de la expresión «Palabra de Dios (...)»*.

Por lo general designamos a los textos sagrados del cristianismo con el nombre de "Biblia", "Sagrada Escritura", o incluso "Palabra de Dios". Consideramos estas expresiones como básicamente sinónimas entre sí en nuestro lenguaje común. Ellas mismas nos indican la importancia que tienen estos textos así denominados:

- *Biblia* significa etimológicamente "los libros (o libritos)", es decir, los textos que están por encima de todos los demás escritos para un cristiano. El libro –o la colección de libros– por excelencia. Son un total de 73 libros, 46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento. Es interesante que usemos en singular un término plural (*biblia* es el término plural en griego de *biblion*). Este hecho manifiesta la conciencia que tienen los cristianos de que ese conjunto de libros tan distintos (por época, autor, estilo, perspectiva teológica, etc) forman una unidad: una única palabra (del mismo Autor, de un mismo mensaje y de un mismo destinatario: Iglesia). Lo mismo puede decirse de la siguiente expresión en esta lista: "Sagrada Escritura" (mientras que Sagradas Escrituras, en plural, subraya la variedad que presentan esos escritos).

- *Sagrada(s) Escritura(s)* indica que estos textos son del ámbito divino, de lo sagrado, y no meros escritos humanos o profanos. Hace referencia sobre todo a su contenido, que es "sagrado".

- *Palabra de Dios* es otro nombre frecuente que se da a la Biblia, especialmente después de ser proclamada en la liturgia. Nos indica principalmente que el autor de la misma, aquel que nos habla, es el mismo Dios.

- *Antiguo Testamento y Nuevo Testamento*. También con estos nombres nos referimos a los textos bíblicos. Son las dos grandes partes en que se divide la Biblia, y hacen referencia a las dos grandes alianzas (testamentum, en latín) que hizo Dios con el pueblo, primero en el Sinaí a través de Moisés, después por medio de Jesús en su misterio pascual. Estas expresiones son utilizadas ya por San Pablo en 2Co 3,14, para expresar el contraste entre ambas alianzas. Muy pronto se empezó a aplicar a su dimensión bíblica.

La Biblia es, por tanto, un texto fundamental para el cristianismo y para la Iglesia, el pueblo de Dios. En su seno se han generado estos escritos sagrados: el Antiguo Testamento, su primera parte, en el pueblo de Israel; el Nuevo Testamento, en la Iglesia, que nace de Israel y es su plenitud.

Por eso, porque la Biblia nace en la Iglesia, se genera y se transmite a lo largo de los siglos en la Iglesia, acudimos ahora a esta Iglesia para que nos hable de la Biblia, nos diga qué es, cómo se usa, y para qué se lee. La Iglesia ha ido respondiendo a esta cuestión a lo largo de su Magisterio. Actualmente, el texto de mayor autoridad y más fundamental para saber qué dice la Iglesia sobre la Biblia es la constitución dogmática del Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*.

1. ¿Qué puesto da la Iglesia a la Biblia?

Ahora bien, ¿qué *precomprensión* tiene la Iglesia de la Sagrada Escritura? Es decir, ¿qué *comprensión previa* de la Biblia tiene un cristiano cuando la toma en sus manos y se pone a leerla?

No basta simplemente admitir el carácter sagrado de los textos. Es necesario, además, entender adecuadamente su naturaleza y lugar en la gran tradición cristiana. Lo primero que llama la atención es que la Iglesia habla de la Sagrada Escritura en una constitución dogmática cuyo núcleo –curiosamente– no es la Biblia, sino la revelación de

Dios. En efecto, la *Dei Verbum* no es un documento propiamente sobre la Sagrada Escritura, sino que, como señala su título, trata de la revelación: *Constitutio Dogmatica de Divina Revelatione*.

Ciertamente los Padres del Concilio quisieron afrontar el tema acuciante de la Biblia, que estaba en plena efervescencia a mediados del siglo XX. De hecho, el primer esquema de la *Dei Verbum* abordaba directamente la cuestión bíblica. Pero fue rechazado ese esquema en su totalidad porque el Concilio quiso subrayar que sólo se puede acometer la temática bíblica si se la inserta en el contexto más amplio de la revelación[2]. **Sólo se comprende qué son los libros bíblicos y cómo interpretarlos si antes se entiende qué es la revelación**. Por eso el cap. I de la *Dei Verbum* se centra en la revelación, objeto de estudio en la asignatura de Teología Fundamental.



La divina revelación se define como la acción de Dios de "**revelarse a *Sí mismo* y manifestar el misterio de su voluntad**" (*DV* 2), que tras una larga preparación en la que Dios empieza a manifestarse (*DV* 3), culmina en Cristo (*DV* 4), "mediador y plenitud de toda la revelación" (*DV* 2). El acontecimiento de Cristo, y más concretamente su misterio pascual, es por tanto la plenitud de la revelación de Dios. La autodonación de Dios a los hombres se realiza en la entrega total de Cristo, que culmina en los hechos que van de su última cena (instauración de la nueva alianza) al derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés (cf. *DV* 6).

Una vez que el Concilio había subrayado que el núcleo de la revelación era el misterio pascual de Cristo (cap. I), en **el cap. II quiso mostrar cómo Jesús funda la Iglesia para transmitir este acon-**

[2] Cf. I. DE LA POTTERIE, "La exégesis bíblica, ciencia de la fe", en: L. SÁNCHEZ NAVARRO – C. GRANADOS (eds.), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (LiP 42; Palabra, Madrid 2003), 59: "Por esto quiso el Concilio *reintegrar* la Escritura en la Revelación".

tecimiento a todas las edades. De lo contrario sólo podrían haber accedido a la plenitud de la revelación los afortunados que hubiesen vivido en los años 30-40 d.C. en Palestina, y hubiesen coincidido con los apóstoles el día de Pentecostés. ¡Pero no! la Iglesia, con toda su vida trae el acontecimiento de la revelación a todas las épocas, para que todo hombre pueda recibir la autodonación de Dios en Cristo. Esto lo hace especialmente en los sacramentos y de modo sublime en la Eucaristía, actualización del misterio pascual. Y todo ello es posible por la sucesión apostólica, cadena ininterrumpida de ministros de Cristo que le hacen presente y nos unen a Él como garantía de pertenencia a su Iglesia. Ésta, en definitiva, es con toda su vida la transmisora de la revelación en la historia, gracias a los obispos en comunión con Pedro, por medio de los cuales Cristo sigue pastoreando, salvando y enseñando a su pueblo. Cristo es hoy como ayer el único pastor del rebaño, que guía a la comunidad por medio de la jerarquía de la Iglesia; es el único salvador y santificador, que transmite la redención y santificación a través de los sacramentos; es el único maestro, que sigue enseñando la verdad a través del magisterio de la Iglesia. Estas tres funciones son lo que comúnmente llamamos el triple *munus* u oficio de Cristo, recibido por los obispos a través de la sucesión apostólica. Pues bien, principalmente a través de esta triple vía es como la Iglesia transmite la revelación, la autodonación de Dios en la historia. La *Dei Verbum*, sin embargo, una vez presentada la globalidad de la función de la Iglesia, va a concentrarse en una de estas funciones, la de **enseñar la verdad**, que es la relacionada con la Escritura.

Por tanto, al hablar de la Sagrada Tradición y de la Sagrada Escritura, las presenta como elementos de la Iglesia que cumplen un papel en la misión de enseñar la verdad, permitiendo y garantizando que Cristo siga siendo el único Maestro.

Así, para mantenerse siempre fiel a los orígenes, la Iglesia cuenta con la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura, dos elementos más de su propia vida, que están indisolublemente unidos (*DV* 9).

Es por tanto en el cap. II, y no antes, cuando la *Dei Verbum* habla de la Sagrada Escritura. Ésta no es un órgano absoluto e independiente, como a veces se la concibe, especialmente en contextos de

pensamiento protestante (cuyo axioma es *Sola Scriptura*). **La Biblia es un elemento más de la Iglesia, que nace en la Iglesia, y que tiene sentido sólo vinculada a la Iglesia, como colaboradora de su misión de hacer presente el acontecimiento de la revelación**. La Biblia debe mantenerse unida a la Iglesia para conservar toda su razón de ser y su valor profundo[3]. La Biblia es plena transmisora de la revelación sólo dentro de la gran Tradición que la ha generado, pues no olvidemos que ella es también un fruto y expresión de la Tradición: fue escrita por miembros del Pueblo de Dios, y dirigida a miembros de este mismo Pueblo. Piénsese en las cartas de Pablo: son escritos de tradición, de un cristiano a otros cristianos, de un ministro de Cristo a sus fieles; y lo mismo sucede con los evangelios, los Hechos de los apóstoles, los libros proféticos... Los libros bíblicos no han caído del cielo, ni los han traído los ángeles. Han nacido de la vida misma de la Iglesia y se han escrito para sus miembros.



Así, una vez que el Concilio situó la Sagrada Escritura en el contexto de la revelación de Dios (cap. I) y de su transmisión (cap. II), pudo hablar de los demás aspectos de la Biblia en los siguientes capítulos. Pero nótese que la estructura jerárquica de los capítulos de la *Dei Verbum* es fundamental. El primer capítulo (la revelación en sí misma) da sentido a todos los demás. Y el segundo (la transmisión de la revelación), a su vez, da también sentido a los que le siguen, a los que hablan específicamente de la Biblia.

Véase la estructura de la *Dei Verbum*:

I. La Revelación en sí misma (2-6): CRISTO
II. Transmisión de la Revelación (7-10): IGLESIA (S. Tradición, S. Escritura y Magisterio).

[3] Por supuesto, un no bautizado puede ser "tocado" por la gracia divina al leer la Biblia, pero esta misma lectura, si hace surgir en él la fe, le llevará a vincularse con la Iglesia, que es donde puede encontrarse vivo al Dios de la Biblia.

Aspectos de la Sagrada Escritura:

III. Inspiración Divina de la Sagrada Escritura y su interpretación (11-13).
IV. El Antiguo Testamento (14-16).
V. El Nuevo Testamento (17-20).
VI. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (21-26).



2. Función de la Sagrada Escritura

Así, el Concilio logró que la Sagrada Escritura quedase entroncada en su lugar original y verdadero, en el proceso de transmisión de la Revelación de Dios, "mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina" (*DV* 2). Por lo tanto, la función última de la Biblia es colaborar dentro de la Iglesia a que los hombres alcancen este destino, especialmente en la función de transmitir la verdad salvífica de Cristo. Ahora bien, ¿cómo colabora? **Dando testimonio del acontecimiento mismo de la revelación**.

La Biblia es, por tanto, el **testigo privilegiado del acontecimiento de la revelación**; tan privilegiado que es el testimonio del mismo Dios (cf. *DV* 9). Por lo tanto, de lo dicho hasta ahora deducimos que la Escritura no es la revelación –la cual es Dios mismo autodonándose a lo largo de la historia salvífica–, sino el testigo divino de la misma:

> En el lenguaje teológico actual es corriente denominar la Biblia simplemente "la Revelación". Esto sería impensable para los antiguos. La revelación es un proceso dinámico entre Dios y el hombre, que sólo se hace nuevamente realidad en el encuentro. La palabra bíblica testimonia la revelación, pero no la contiene de un modo tal que la agote, o que se la pueda guardar en el bolsillo como un objeto más. La Biblia testimonia la revelación, pero el concepto de revelación en cuanto tal va más allá[4].

En el centro de la revelación está el acontecimiento salvífico de Cristo, porque el cristianismo no es una "religión del libro" sino la "religión de la Palabra hecha carne". En efecto, el núcleo del cristianismo no es la Biblia, sino **Cristo, el Verbo eterno del Padre, la Palabra de Dios**, que en la plenitud de los tiempos se hizo hombre, como subrayó Romano Guardini en su famoso libro *La esencia del cristianismo*. Por eso, toda la importancia de la Biblia radica en su relación con Cristo, en cuanto que lo transmite y lo expresa. Como dice el CCE §102: "A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se dice en plenitud". Más adelante, el mismo Catecismo en el §108 abunda en esta diferencia:

> Sin embargo, la fe cristiana no es una "religión del Libro". El cristianismo es la religión de la "Palabra" de Dios, "no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo". Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas.

Si la Biblia fuese un libro caído del cielo, como se afirma en la tradición islámica del Corán, o si identificásemos la Biblia con la revelación, entonces el cristianismo sería otra religión del libro y no habría necesidad de interpretarla: bastaría tomar cada afirmación como absoluta, como sucede con el Corán[5]. Pero no, la Biblia testimonia a Cristo y su acción salvífica a través de toda la historia de la

[4] J. Ratzinger, "La interpretación bíblica en conflicto. Sobre el problema de los fundamentos y la orientación de la exégesis hoy", en: L. Sánchez Navarro – C. Granados (eds.), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (LiP 42; Palabra, Madrid 2003), 51. También Ratzinger, "La relación entre Magisterio de la Iglesia y exégesis", 179: "[la *DV*] ante todo define el concepto de Revelación, que no se identifica en absoluto con su testimonio escrito, que es la Biblia".

[5] Cf. G. Paolucci– C. Eid, *Cien preguntas sobre el islam. Entrevista a Samir Khalil Samir* (Ensayos 219; Encuentro, Madrid 2003) 25-27.

revelación. Por esto mismo, tampoco podemos identificar absolutamente a la Biblia con la Palabra de Dios, la cual, propiamente dicho, es la segunda persona de la Trinidad[6].



> La Palabra de Dios que se expresa en la creación y que se comunica en la historia de la salvación se ha hecho hombre en Cristo, nacido de mujer [...]. La Palabra aquí no se expresa en primer lugar en un discurso, en conceptos o reglas. Aquí estamos de frente a la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la Palabra definitiva que Dios dice a la humanidad. De aquí se comprende porque al inicio del ser cristiano no está una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona (*VD* 11)

De hecho el Concilio Vaticano II no define la *sacra Scriptura* como *Verbum Dei*, sino como "el hablar de Dios", "locución de Dios" (*locutio Dei*) en cuanto consignada por escrito por inspiración del Espíritu divino (*DV* 9). Aunque en otros números la constitución dogmática se refiere a la Biblia como *verbum Dei*, a la hora de definirla evita esa expresión y usa una semejante, pero diversa: *locutio*. Seguramente quiere así subrayar que la Palabra de Dios (*Verbum*) no es un libro, sino una persona, aunque a través de los libros bíblicos Dios hable (*locutio*) a los hombres[7]. Esta intención del Concilio se manifiesta también en otro detalle: en todo el documento el término *Verbum* es utilizado con mayúscula sólo cuando se refiere a Cristo. Por tanto, podemos decir que la Biblia es palabra de Dios no por la materialidad de sus letras, sino porque encierra el misterio de Cristo –la verdadera Palabra divina– y es testigo de la manifestación de Dios a los hombres.

[6] Cf. A. Vanhoye, "La recepción en la Iglesia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*", en: L. Sánchez Navarro – C. Granados (eds.), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica* (LiP 42; Palabra, Madrid 2003) 151: "Las Escrituras son 'Palabra de Dios' [sin artículo]; no son toda la Palabra de Dios, sino sólo la Palabra de Dios escrita".

[7] Cf. Vanhoye, "La recepción en la Iglesia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*", 149: "Cuando el Concilio define la Escritura (*DV* 9) no dice '*Sacra Scriptura est* verbum Dei', como dejan pensar las traducciones [...]. Parece que el Concilio haya querido evitar una identificación demasiado estrecha entre la 'Sagrada Escritura' y el '*verbum Dei*'".

En conclusión, la Biblia no es la revelación, sino testigo de la misma; no es *Verbum Dei* –que es Cristo– sino *locutio Dei*. Es el testimonio divino de la revelación puesto por escrito. Este testimonio respeta el carácter histórico de la revelación que, como hemos indicado, se ha desarrollado en dos etapas:

- una de **preparación** de la revelación evangélica (cf. *DV* 3 y *DV* cap. IV: *Sobre el Antiguo Testamento*);
- otra de **plenitud** de la revelación (cf. *DV* 4 y *DV* cap. V: *Sobre el Nuevo Testamento*).

Por eso, el primer dato esencial de la precomprensión cristiana de la Sagrada Escritura es que ésta, en cuanto testimonio divino del acontecimiento de la revelación, se compone de dos partes de igual dignidad pero de distinta índole, pues las etapas que testimonian son diferentes. Estas partes son el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Por tanto, para una adecuada comprensión de la Biblia, cuando se apliquen las normas de interpretación (*DV* 12) será necesario respetar la naturaleza de cada Testamento, pues no testimonian del mismo modo la revelación (cf. U.D. 4).

3. Sagrada Tradición y Sagrada Escritura, transmisores de la revelación

La *Dei Verbum* subraya que la Tradición y la Escritura no se oponen sino que, como ya hemos señalado, están indisolublemente unidas: brotan de la misma fuente, de la revelación (ambas son de hecho "tradición en sí misma"), corren por el mismo caudal (viven en la misma Iglesia), tienden al mismo fin (transmitir la revelación). Por la relación intrínseca de ambas realidades, queremos profundizar aquí en la Sagrada Tradición, para comprender mejor la Sagrada Escritura. Comenzamos con un excursus sobre cómo se vivía y enseñaba la tradición en el judaísmo.

3.1. La tradición en el judaísmo

En el judaísmo la tradición se vincula a la elección y alianza establecida por Dios con el pueblo de Israel. Dios le había confiado la

Torá, que para él era fuente de salvación y ordenaba toda la vida. La voluntad de Dios, su enseñanza coincide con la Torá, entregada al pueblo en el Sinaí. Los fariseos vinculaban a aquel momento la entrega de esta enseñanza que se transmitió oralmente y por escrito. Para ellos existían dos modalidades de transmisión de la Torá: escrita y oral. La escrita tiene que ser proclamada en el culto y en la enseñanza leyendo un libro, mientras la otra se recitaba de memoria. Esta tradición tuvo una transmisión verbal (palabras y textos), práctica (unas reglas de conducta que se impusieron a todos), e institucional (templo, sinagoga, instrumentos y modalidades de la oración). La transmisión se realizaba sobre todo en las familias, pero también en el Templo y las sinagogas y sus escuelas. Las escuelas judías tenían la finalidad de transmitir a las nuevas generaciones la herencia de los padres y hacer de ellos verdaderos judíos, fieles a la tradición de sus mayores. Los discípulos aprendían la tradición escuchando y preguntando, en un ejercicio continuo de la memoria, así como contemplando el comportamiento de sus maestros. Así, la *halaká* (o normas de comportamiento) era aprendida vivida en los maestros. Obviamente, aprender de memoria tenía sus reglas: economía y expresividad de las palabras, repetición, canturrear, ayuda de notas escritas, memorizar-aprender, etc.

Había **dos tipos de escuelas** para el estudio de la Ley oral: la elemental (*beit sofer*) y la superior (*beit hamidrash*). En la primera los niños (desde los 5/7 años) aprendían a leer el texto sagrado de modo correcto, preparándose así a la lectura en el culto público; y también les hacían aprender de memoria enseñanzas y material oral. No se les ofrecía explicaciones; esto era propio de la escuela superior. Dado que todo este material no estaba escrito, sino aprendido de memoria, en la escuela había hombres que tenían la función de repetir, según la necesidad de la clase, el material oral; eran como libros vivientes.

Se seguían una serie de reglas o principios en la transmisión de la tradición:

1) Memoria.
2) Primero aprender, luego comprender.

3) Conservar la formulación auténtica: "es una obligación el formular una tradición con las palabras de su maestro". Para ello el maestro repetía cuatro veces.
4) Brevedad y concisión. Por ello se buscan formulaciones concisas y mordientes, el uso de las leyes mnemotécnicas.
5) El uso de "cuadernos de notas" para uso privado.
6) Repetición constante, que se hacía en voz alta y canturreando.

3.2. La tradición en el cristianismo

Dentro del judaísmo nace el cristianismo, que sigue utilizando la misma dinámica de enseñanza y aprendizaje. Las cartas de Pablo ejemplifican muy bien esta realidad. Pablo subraya en varias ocasiones que la comunidad cristiana tiene unas tradiciones fundamentales, como la institución de la Eucaristía en 1 Cor 11,2; o la tradición de las apariciones del resucitado en 1 Cor 15 (también 2 Tes 3,6), que se transmiten y reciben con absoluta fidelidad (léase 1 Cor 11,23; 15,1.3; Gál 1,9; Flp 4,9; 1 Tes 2,13; 2 Tes 3,6). Es obligación de las comunidades cristianas guardar, conservar y proteger estas tradiciones, que forman la gran Tradición cristiana (cf. 2 Tes 2,15; 1 Cor 11,2; 15,1; 1 Tm 6,14; 5,21; etc.); también se encuentra la expresión "caminar según" la tradición (2 Tes 3,6).

Esta Tradición, además, tiene transmisores oficiales, con una autoridad interpretativa de cada una de las tradiciones (cf. Gal 2, cuando se acercan a "las columnas de la Iglesia", para que garanticen la correcta interpretación del mensaje evangélico). El mismo Pablo se dice transmisor de esta tradición. Incluso reclama que sus comunidades lo imiten, al estilo de los maestros judíos (cf. 1 Cor 4,16s; 2 Tes 2,15; Flp 3,17; 4,9). La imitación de Pablo es, por tanto, una manera de recibir la tradición. Esta tradición tiene un origen claro: Jesús de Nazaret. Se trata de la tradición de Jesús, y es sobre Jesús. Su origen es Jesús: se trata de una tradición nueva porque Él es su contenido.

La tradición no puede reducirse, pues, al texto que contiene los escritos (cartas de los santos padres, tratados de los obispos, documentos de concilios...). Tampoco puede reducirse a la doctrina. **La tradición cristiana es la transmisión del acontecimiento cristiano**. El

cristianismo es un hecho, por tanto sólo puede transmitirse como hecho, como acontecimiento salvífico, participando de una vida con Cristo. De otro modo no es tradición cristiana. Por eso la tradición, al igual que la revelación, implica hechos y palabras íntimamente unidos (vida comunitaria, eucaristía, etc.). El hecho original (Cristo) continúa en la historia a través de su Iglesia. Sin este hecho no hay tradición cristiana. La transmisión de la tradición se realiza en la doctrina, vida y culto (cf. *DV* 8). Como insistía L. Giussani, la Tradición es "el reproducirse siempre actual del Acontecimiento, que sigue presente todos los días a lo largo del tiempo hasta ahora".

3.3. La tradición en la reforma protestante

De lo dicho hasta ahora se comprende lo importante que es no separar la Tradición y la Sagrada Escritura, así como lo grave que podría resultar oponerlas entre sí, como hizo Lutero. Éste olvidó que la Biblia es también tradición escrita, y puso unos fundamentos erróneos, contrarios a la misma dinámica de transmisión de la revelación puesta en marcha por Cristo mismo:

a) Separó la Escritura del Magisterio, que es la garantía de interpretación de la Biblia, y de unidad entre Escritura y Tradición, sin el cual éstas no pueden subsistir (cf. *DV* 10). Cuando falta el Magisterio, como la misma historia ha demostrado, la subjetividad se hace dueña de la Escritura. El Magisterio es el regalo de Jesús a la Iglesia por medio del cual sigue enseñando la verdad a sus discípulos, a través de sus sucesores apostólicos, ungidos por el Espíritu Santo.

b) Colocó a la Sagrada Escritura como único principio y norma del actuar cristiano, desvinculado de la Iglesia, la comunidad donde se sigue dando la autodonación de Dios a los hombres, la revelación, de modo culminante en la Eucaristía.

c) Tomó a la Escritura como la única clave de interpretación de la misma Sagrada Escritura, sin ningún elemento fuera de ella misma que pudiese objetivar su interpretación.

De este modo Lutero traiciona la naturaleza misma de la Escritura, de la Tradición, y de la Iglesia. Como hemos visto, Tradición y

Escritura están al servicio del acontecimiento de la revelación, de Cristo mismo, que es la donación de Dios al hombre. Cristo es la verdadera revelación. A Él sirven y a Él manifiestan la Escritura y la Tradición. El verdadero criterio del cristianismo, por tanto, es el Acontecimiento de Cristo que vive en la Iglesia, no la Escritura. Tanto para el actuar cristiano como para la interpretación de la Biblia, Cristo es la clave, pues de Él han brotado Escritura y Tradición.

En conclusión, ¿cómo podríamos definir la Escritura y su relación con la Revelación? ***La Escritura es el testimonio escrito e inspirado de la Revelación***. Los tres conceptos (testimonio, inspiración y revelación) tienen un peso fundamental y ninguno puede minusvalorarse.

4. Sagrada Escritura, alma de la teología

Como se verá en el estudio de la asignatura de teología fundamental, toda la teología debe entenderse a la luz de la revelación de Dios en la historia, en torno a la cual se pueden estructurar adecuadamente todos los tratados teológicos. Se entiende perfectamente que, si la Biblia es el testigo privilegiado de esta historia progresiva de la revelación, sea también el alma de la teología, cuya misión es adentrarse en la comprensión cada vez más profunda de la revelación.

Esto convierte automáticamente a la Biblia en una fuente indispensable de todos los tratados teológicos, pues constituye el **testimonio divino de la revelación**. También es la fuente principal para conocer la historia de la salvación de Dios con los hombres, en sus dos etapas, una preparatoria y otra de plenitud. A través de ella se accederá a la pedagogía divina, que es el modo en que Dios, poco a poco y sabiamente, ha ido conduciendo a los hombreas hasta la verdad y la vida plena.

Ahora bien, no es sólo una fuente a la que acudir para obtener conocimientos teológicos, pues como muestra su lugar en la *Dei Verbum*, no sólo es testigo, sino que también es *transmisora* de la revelación, y cumple una función dentro del plan mismo de Dios de revelarse al hombre. Está por tanto llamada a vivificar la teología, haciendo que no sea solo teoría, sino vida, vivencia de la autodonación

de Dios, que se deja conocer teológicamente para poder ser amado. Ésta es también la función del alma en el cuerpo: darle vida, aliento.

En efecto, la Biblia es parte del cauce por el que llega hasta el presente la revelación de Dios, pero inseparable del único cauce: la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, el Pueblo de Dios, el Templo del Espíritu Santo. Por eso, sólo leída en su seno vivificará a la teología.

5. La Biblia comparada con otros libros sagrados

Para comprender todavía mejor qué es la Biblia para el cristiano, resulta muy útil compararla con otros libros sagrados de otras religiones, y qué suponen éstos para sus respectivos seguidores. De este modo se captará con más lucidez la concepción cristiana y católica de la Biblia, así como su peculiaridad.

Obviamente, no valoramos aquí la veracidad o autenticidad de las manifestaciones de Dios en estas religiones. A ese respecto consúltese el manual de teología fundamental. Ahora simplemente exponemos la concepción que cada religión tiene de su libro sagrado.

5.1. Comparación de la Biblia con los textos sagrados de las religiones politeístas

Englobamos en esta comparación a todos los textos de culturas antiguas, como pueden ser las mesopotámicas (por ejemplo, el *Enuma Elish*), las mitologías griegas o los libros sagrados del hinduísmo, sin mayor pretensión que abarcar sus generalidades. Veamos las **principales diferencias "formales"** de la comprensión de estos textos dentro de su propia religión con la Biblia tal como es concebida por la Iglesia:

- Estos libros transmiten una revelación que no se fundamenta en acciones históricas y salvíficas de Dios, sino por lo general en mitologías, enseñanzas de maestros, revelaciones de conocimientos y formas de vida. No importan tanto los acontecimientos en sí cuanto las moralejas o enseñanzas que se derivan de los relatos o intervenciones míticas de los dioses.

- Cuando narran intervenciones de los dioses, éstas por lo general han tenido lugar en los tiempos originarios y remotos, sin testigos oculares, como podríamos afirmar –salvando las distancias– con los relatos de Gn 1-11 (que sin embargo no es ni el 1% de la Biblia). Las acciones no se sitúan en el contexto de la historia universal, como sí se hace por ejemplo con los grandes acontecimientos de la Biblia: éxodo (tiempo de la construcción de las ciudades Pitom y Ramsés), vuelta del exilio (subida de Ciro el persa al poder), nacimiento de Jesús (últimos años de Herodes el Grande), etc.

- Por lo general, puede afirmarse que sus enseñanzas son fruto de la sabiduría popular, de las reflexiones religiosas de los sabios, y no de una acción-revelación de Dios.

- No son testimonio ni transmisión de la autodonación de Dios. Este concepto simplemente no existe en estas religiones.

5.2. Comparación de la Biblia con el Corán

Ya hemos señalado alguna diferencia sustancial: el Islam es propiamente una religión del libro, ya que todo gira en torno al **Corán, que se identifica totalmente con la revelación de Dios.** Ya hemos visto que en el cristianismo –la religión de la Palabra hecha carne– la Biblia no cumple esta función, sino la de ser testimonio de la revelación. Indiquemos otras diferencias sustanciales entre Biblia y Corán:

- Mientras que la Biblia está escrita por multitud de testigos de la revelación de Dios, que ha tenido lugar en la historia, a la luz del día, y es por tanto pública y manifiesta, la revelación del Corán tiene un **único testigo**, Mahoma, que recibe él solo en privado dicha revelación.

- La revelación testimoniada por la Biblia acontece a lo largo de la historia de un pueblo (unos 2000 años), y en su plenitud durante toda la vida de una persona (Jesús). El Corán, en cambio, es fruto de un **único acontecimiento de revelación** a Mahoma (aun cuando se da en diferentes momentos de su vida).

- El Corán, a diferencia de la Biblia, es **dictado a Mahoma palabra por palabra** (o bien bajado del cielo por un ángel), lo que otorga a

cada palabra un valor absoluto. No así en la Biblia, donde las palabras deben ser leídas como testimonio vital, e interpretarse unas a la luz de las otras buscando siempre su sentido.

5.3. Comparación de la Biblia con los textos sagrados del Judaísmo

El judaísmo mantiene una relación peculiar con el cristianismo en cuanto a los libros sagrados, pues en la Biblia están incluidos todos los textos reconocidos por el Judaísmo como palabra de Dios. Cabría pensar que por esta razón, los judíos leen su Biblia (que es parte de nuestro Antiguo Testamento) del mismo modo que la leemos nosotros. Sin embargo, creer esto es equivocado. **Ciertamente hay semejanzas, pero las diferencias en el modo de comprender los textos sagrados son decisivas**:

- Para los judíos, la Biblia está formada sólo por los libros escritos en hebreo de nuestro AT. Y no lo llaman "Biblia", ni todos los libros tienen la misma importancia (como tampoco para los cristianos). La dividen en tres partes: **Ley** (Torá), **Profetas** (Nebiîm) y **Escritos** (Ketubîm); la división cristiana del Antiguo Testamento, en cambio, es en cuatro partes: **Pentateuco** (que coincide con los libros de la Torá), libros **históricos**, **proféticos** y **sapienciales**. Mientras que el cristianismo subraya las acciones salvíficas narradas en estos libros, y las promesas hechas por Dios para el futuro, el judaísmo se centra fundamentalmente en las leyes que Dios ha dado el pueblo en esas acciones. De ahí que la preeminencia la tenga la Torá. Para los cristianos, en cambio, el centro está en los evangelios, criterio último de interpretación del resto de libros bíblicos, también los del AT.
- Para el judaísmo, sus textos no son un Testamento *Antiguo*, sino el *Único* Testamento. Esta diferencia es esencial con respecto al cristianismo. Mientras que el cristiano lee el AT considerándolo el testigo de una etapa preparatoria y transitoria, y no ve en él la plenitud, el judío lo interpreta como el escrito que manifiesta la **única alianza** de Dios con los hombres.
- El judaísmo, al no reconocer las Escrituras cumplidas en Cristo, sigue esperando un Mesías y el **cumplimiento** de las promesas

hechas por Dios. El cristiano, en cambio, ve en Cristo cumplidas todas las Escrituras.

6. Clasificación de los libros

Como ya hemos indicado, el Antiguo Testamento lo forman 46 libros, distribuidos tradicionalmente en cuatro bloques. Los más importantes para los judíos son los cinco que forman el Pentateuco, donde se narran **tres grandes relatos**: la historia de los orígenes (del mundo, del hombre, del mal, de la salvación) y de los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob y sus doce hijos) en el Génesis, y la historia de Moisés y el nacimiento del pueblo de Israel en los cuatro libros restantes:

Pentateuco
Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio

A continuación tenemos los llamados **libros históricos**, que continúan la narración de la historia salvífica con su pueblo desde la muerte de Moisés a la entrada en la tierra prometida (2ª mitad del 2º milenio a.C.) hasta el establecimiento de la última dinastía judía independiente, la asmonea (140 a.C.):

Josué
Jueces
Rut
1Samuel
2Samuel
1Reyes
2Reyes
1Crónicas
2Crónicas
Esdras
Nehemías
Tobías
Judit
Ester
1Macabeos
2Macabeos

El tercer grupo lo forman los libros **sapienciales**, que recogen la sabiduría y la oración desarrollada durante siglos en el pueblo de Israel:

Job
Salmos
Proverbios
Eclesiastés (Qohelet)
Cantar de los Cantares
Sabiduría
Sirácida (Eclesiástico)

Por último están los libros **proféticos**, que a lo largo de los acontecimientos narrados en los libros históricos, anuncian la nueva salvación de Dios, que llegará con Jesucristo. En negrita señalamos los llamados "profetas mayores":

Isaías	Abdías
Jeremías	Jonás
Lamentaciones	Miqueas
Baruc	Nahúm
Ezequiel	Habacuq
Daniel	Sofonías
Oseas	Ageo
Joel	Zacarías
Amós	Malaquías

El Nuevo Testamento lo forman 27 libros. Los más importantes son los cuatro evangelios, donde se testimonia el acontecimiento de la revelación, cuyo culmen es el misterio pascual de la pasión, muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo:

Evangelio según San Mateo
Evangelio según San Marcos
Evangelio según San Lucas
Evangelio según San Juan

La continuación histórica de los evangelios y el nacimiento de la Iglesia como transmisora de esa revelación se narra en:

Hechos de los Apóstoles

Seguidamente encontramos el epistolario dirigido a algunas de las primeras comunidades cristianas, donde queda reflejada la vida de las mismas y, sobre todo, la primera reflexión y acogida del

acontecimiento cristiano, que será punto de referencia para toda la Iglesia a lo largo de toda su historia:

Corpus paulino
Carta a los Romanos
1.ª Carta a los Corintios
2.ª Carta a los Corintios
Carta a los Gálatas
Carta a los Efesios
Carta a los Filipenses
Carta a los Colosenses
1.ª Carta a los Tesalonicenses
2.ª Carta a los Tesalonicenses
1.ª Carta a Timoteo
2.ª Carta a Timoteo
Carta a Tito
Carta a Filemón
Carta a los Hebreos

Cartas católicas
Carta de Santiago
1.ª Carta de Pedro
2.ª Carta de Pedro
Carta de Judas

Cartas de San Juan
1.ª Carta de Juan
2.ª Carta de Juan
3.ª Carta de Juan

El último libro del NT testimonia la realidad última de la Iglesia, su combate contra el desencadenamiento de las fuerzas del mal y su victoria final por el poder de Dios:

Apocalipsis

Conclusión

Hemos visto en este tema la relación fundamental de la Biblia con la revelación, con la Iglesia, con la tradición y el Magisterio. La Biblia no es la revelación, sino testigo de la misma. Ha nacido de la Iglesia y sólo en ella puede cumplir su función de ser transmisora en el presente de la revelación de Dios, su autodonación. Por ello, está en absoluta armonía con la tradición, pues de hecho la Biblia también es un fenómeno de tradición eclesial, pero con la peculiaridad de estar divinamente inspirada. Por eso, la misión de custodiarla y mantener siempre fiel su mensaje a los orígenes pertenece al Magisterio, el único con la capacidad de realizar tal misión, con la autoridad recibida de Jesucristo.

Ejercicios de autocomprobación*

1. ¿Cuál es el documento con mayor autoridad para comprender la Sagrada Escritura?
   a. Concilio Vaticano II.
   b. Pontificia Comisión Bíblica.
   c. Dei Verbum.

2. Relación entre la Sagrada Escritura y la Revelación
   a. El cristianismo es la religión del libro cuyo centro es la Sagrada Escritura.
   b. La Biblia no es la revelación, sino su testimonio inspirado puesto por escrito.
   c. La Sagrada Escritura y la revelación se identifican absolutamente.

3. ¿Qué es la Tradición cristiana?
   a. La participación en la vida comunitaria.
   b. El conjunto de las reglas o principios para interpretar los textos.
   c. La transmisión del acontecimiento cristiano.

4. Comparación entre la Biblia y otros libros sagrados
   a. El Corán y la Biblia se identifican con la Revelación.
   b. Los judíos leen e interpretan su Biblia igual que nosotros.
   c. Las religiones politeístas, al contrario que la Biblia, no se fundamentan en acciones históricas y salvíficas de Dios.

5. Señala aquel grupo que contenga un libro no canónico
   a. Qohelet, Esdras, Levítico
   b. Tobías, Habacuq, 1Samuel
   c. Génesis, Jubileos, Ester

(*) Las respuestas correctas las encontrará al final de la Unidad didáctica.